

Le contestó — « No acostumbran
Los hombres besarse en México ».

Un jefe de tiradores
Llorando, de rabia ciego,
Se niega á entregar su espada
Que se la pide un sargento,
Pero Rosales le dice:
« Dadla, sóis mi prisionero »
Y entonces, Gazielle, la suya
Dar quiere al bravo guerrero
Quien le dice — « Vos sóis digno
De conservarla en su puesto ».

No hay palabras que describan
La nobleza y el respeto
Que usó Rosales con todos
Sus vencidos prisioneros.

Ningún acto de violencia,
Ningún rencor, ningún hecho
Que revelase venganza,
Envidia, crueldad ó celo.

Rosales se mostró grande,
Justo, generoso y bueno
Y dió gloria al libre Estado
Que adora su nombre excelso
Eternizando en la historia
La batalla de San Pedro.

Marzo de 1893.

¡ FUEGO, SEÑOR !

BATALLA DE LOS REYES. — 20 DE FEBRERO DE 1865.

Á EDUARDO RUIZ.

Carlos Salazar, el héroe
Por nuestra patria llorado,
El mártir que tanta gloria
Dió á su causa en el cadalso;
Con mil cuatrocientos hombres
Obedientes á su mando,
Va de Uruápam á Jalisco,
Pues en el Sur de ese Estado
Están las tropas que intentan
Dar á Colima un asalto.

Después de largas fatigas,
Ya Teocuitatlán mirando,
Se detiene y manda al pueblo
Un correo extraordinario,
Pidiéndole á Guadarrama
Que auxiliara á sus soldados.

No le dan respuesta alguna,
Y ante tan gran desengaño
Entra al pueblo con su tropa
Y se encuentra de contrarios
A Guadarrama y los suyos,
Que dan aviso en el acto
A la guarnición francesa,
Pues ya tienen de aliados
En Zapotlán y Sayula
A imperialistas y zuavos.

En vista de tal suceso,
El jefe republicano
Contramarcha sin fijarse
En los terribles trabajos
Que les esperan á todos
Sus valerosos soldados.

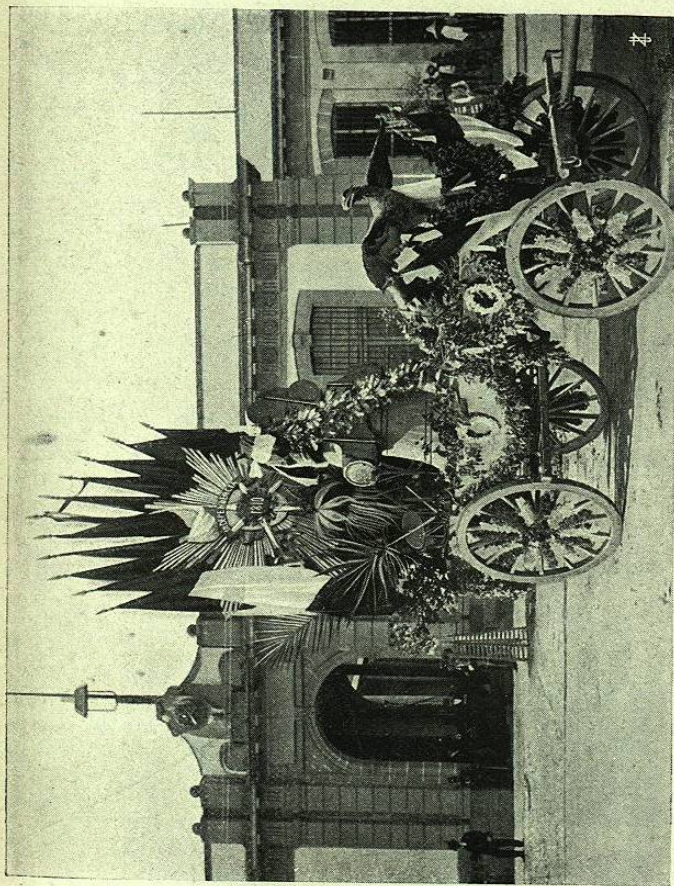
Sobre las agudas crestas
De las abruptas montañas
Que la neblina corona
En la región azulada;
Salvando los ventisqueros
Y las profundas barrancas,
Y por los negros abismos
Cruzando como las águilas;
Encendiendo por las noches
Ocotes, para la marcha;
Durmiendo sobre las rocas,
Marchando sobre las zarzas,
Comiendo secas raíces
Si el fruto silvestre falta;
Con rostros ennegrecidos
Por el sol que los abrasa,
Y señalando su paso
Con la sangre de sus plantas,
Van caminando las tropas,
Que el bravo Salazar manda,
Hasta llegar á una Villa
Que « de los Reyes » se llama,
Donde tras tanto martirio
Pobres y enfermos descansan.

Apenas la nueva aurora
Su limpio fulgor derrama,
Los soldados liberales
Salen á buscar con ansia
Las frescas ondas del río
Que cruza aquella comarca.

Carlos Salazar, en tanto
Por la margen de esmeralda
En su caballo « El Recuerdo »
Vigilando á todos vaga.

De súbito los soldados
Oyen tocar *general*;
Se asombran, pues los cornetas
También están en el agua,
Y todos, á un solo impulso,
Desnudos á tierra saltan.

Ven á su jefe que ha dado
El mismo el toque de alarma,
Al divisar la columna



Carro alegórico arreglado por el Regidor Don Guillermo Valletto para traer la Campana desde la ciudadela al Palacio Nacional de México, sobre cuyo balcón principal existe ahora. El cañón que se ve en el carro perteneció al Benemérito Cura Hidalgo.

Aproximándose rápida
De imperiales y franceses
Que por « San Gabriel » avanza,
Y que ya de sus clarines
Se escucha el toque de carga.

Un bosque de platanares
Es el muro que separa
A patriotas é invasores
Que van á medir sus armas.
Sorpréndense los franceses
Cuando al fijar sus miradas,
Encuentran que están desnudos
Los que les cortan la marcha.
Trábase el combate fiero,
Comienza al fin la batalla,
Y en medio de tanto estruendo,
Con magestad se destaca
De Salazar, la sonora
Imponente voz que manda
Al oficial de artilleros
Con sus sabidas palabras:
« Fuego, Señor; fuego, fuego. »
Ve la pieza abandonada
Y llega él mismo y rabioso
Con sus manos la dispara.
Al oír el estampido
Los soldados se entusiasman
Y al enemigo arremeten
Con bayoneta calada.
Difunden así el espanto,
Rompen las líneas compactas,
Siembran el campo de muertos,
Y el triunfo completo alcanzan.
Queda entre los prisioneros
Banderbáe, que allí mandaba
A los zuavos, y á quien dejan
Libre, bajo su palabra
De nunca, en lo de adelante
Volver á entrar en campaña.
También el segundo en jefe
De la legión mexicana,
Que en defensa del Imperio
Tomó parte en la batalla,

Quedó como prisionero
Y sus tropas dispersadas
Lo abandonaron, dejando
Muchos muertos en la marcha.

En acción tan memorable,
Salazar solo contaba
Con unos seiscientos hombres
Sin recursos y sin armas;
Excediéndole en el número,
Y en favorables ventajas
Los aguerridos contrarios
Que de sorpresa le atacan.

Conseguida la victoria,
Salazar á nadie mata,
Y cuando llega el momento
De emprender violenta marcha,
Deja á aquellos prisioneros
Sin más juez que su palabra,
Que más tarde desconocen,
Y con De Potier se lanzan
Con Banderbáe persiguiendo
Al que la vida les salva.

Al héroe invicto y modesto
Que con desnudos luchaba,
«Fuego, Señor», repitiendo
En medio de la batalla
Y que perdonó clemente
A cuantos tuvo á sus plantas;
Algunos meses más tarde
De aquella heroica jornada,
Cayó entre los enemigos
Prisionero y en desgracia,
Y en pago de su nobleza
Lo fusilan en Uruápam,
Para mengua de la historia,
Para baldón de sus armas
Y para enlutar ¡infames!
La bandera de la patria.

Marzo de 1893.

AL MAESTRO IGNACIO M. ALTAMIRANO

En la velada que le consagró
la Sociedad Mexicana de GEOGRAFIA y ESTADISTICA
el 9 de Marzo de 1893

Si alguien se mofare aquí
Al mirar que un hombre llora,
Bien puede hacer desde ahora
Sangrienta irrisión de mí.
Maestro, pensando en tí,
¿Qué puede expresar mi canto?
Cuando el alma duele tanto,
La pena á los ojos sube,
Busca espacio, forma nube,
Se deshace y llueve llanto.

No es femenil cobardía
Ni apocamiento y temor,
Es que retoña el dolor
Profundo del alma mía.
¡Oh existencia! ¡oh breve día!
¿Quién de tí se ha de engrair?
Son el nacer y el morir
Limpio oriente, negro ocaso,
Distantes tan solo un paso
Que á nadie es dado medir.

Fué tu nativa heredad
Una choza sin fortuna;
Allí velaron tu cuna
El olvido y la humildad.
Del monte la soledad
Esconde aún tu cabaña....
¿A quién tu origen extraña,
Si es natural condición
Que el águila y el león
Tengan nido en la montaña?

Fué tu aprendizaje rudo
 Bañado en llanto salobre;
 Amaste al desnudo, al pobre,
 Por nacer pobre y desnudo.
 En tí mismo hallaste escudo
 Del mundo ante la amenaza,
 Surges, te elevas y traza
 Tu vuelo, con luz de Gloria,
 Sobre el cielo de la Historia
 La vía láctea de tu raza!

Fuiste en las luchas atleta,
 En las rostras orador,
 En la arena gladiador,
 En el Parnaso poeta.
 Fué tu elocuencia saeta,
 Ariete, escudo y muralla;
 Tu Genio todo avasalla
 Y es lema de tu virtud:
 «Donde está la juventud
 Está el campo de batalla».

Luchaste tanto por ella
 Que no sabe entristecida
 Si al apagarse tu vida
 Se habrá apagado su estrella.
 En vano busca tu huella
 Sobre el mar que el viento riza;
 Te invoca, te diviniza,
 Con amor filial y santo
 Y quiere regar con llanto
 Tu veneranda ceniza.

¡Oh Maestro! ¡qué sombría
 Y qué intensa es su amargura!
 Eras su gloria más pura,
 Su bienhechor y su guía.
 De tus labios recibía
 El consejo limpio y sano
 Que al soltarla de tu mano
 Y dar libre el paso rudo,
 Lleva por arma y escudo
 En este combate humano

Halló en tí lealtad, nobleza,
 Ciencia, honradez, heroísmo,
 Abnegación, patriotismo,
 Desinterés y grandeza.
 Yergue altiva tu cabeza
 En la negra eternidad;
 Tú llevas la claridad
 Que las tinieblas colora:
 ¡Hijo de la eterna aurora!
 Entra en la inmortalidad.

Hombres cual tú no perecen
 Ni el olvido los arrasa,
 En cada instante que pasa
 Más deslumbran y más crecen.
 Tus obras nos envanecen;
 Veneramos tu memoria,
 Y al verte entrar en la Historia
 Honrando tu patrio suelo,
 Están repicando á vuelo
 En el templo de la Gloria.

Ya venció quien luchó tanto,
 Pero en él los ojos fijos
 Inconsolables sus hijos
 Visten luto y vierten llanto.
 Es un lamento, no un canto
 Lo que expresa su aflicción;
 Su paternal bendición
 Imploran puestos de hinojos,
 Que está «lejos de los ojos
 Y cerca del corazón».

LOS PEONES DE LA MOTA

Á MI BUEN AMIGO EL GENERAL JOSÉ MONTESINOS

Quando al fin se rindió Puebla
Después de rudas campañas,
Y nuestro valiente ejército
Destrozó todas sus armas,
Guardando tan sólo ilesos
Su honor y sus esperanzas;
Con inmensas precauciones
Se deportaron á Francia
Muchos jefes y oficiales
Que al invasor estorbaban.

Se puede escribir con sangre
La historia de las desgracias
Que sufrió en largo camino
Esa legión mexicana.
Fueron desde Puebla al puerto
Como ilotas, como párias;
Sin alimentos ni abrigos,
Haciendo á pie las jornadas.

Metiéronlos en los buques
Como si fueran en *trata*,
Durmiendo sobre cubierta,
Expuestos al sol y al agua,
Y comiendo muchas veces
Galletas agusanadas,
Restos de las que las tropas
A Sebastopol llevaron.

Era de ver á los bravos
Cuyas frentes ostentaban
Las huellas de cien combates
Gloriosos para la patria,
Erguirse allí más que nunca,
Mudos como unas estatuas,
Con altivéz soportando
Humillación tan nefanda.

Ellos que en la heróica Puebla
Con Zaragoza triunfaran,
Y que pocos meses antes
Invencibles les llamaban
Porfirio Díaz y Patoni,
Ghilardi, Negrete y Auza; }
De pie sobre la cubierta
Sintieron brotar sus lágrimas,
Cuando al levantar los ojos
Hacia la extensión lejana,
Se les borró para siempre
El Pico del Orizaba.

En Francia los repartieron
Para distintas comarcas,
Exigiéndoles á todos
Bajo su honrada palabra,
No abandonar esos puntos
Mientras no se les mandara.
Trascurridos muchos meses
Sufriendo horribles desgracias,
Se les ofreció volverles
Su libertad y su patria,
Si juraban no hacer nunca
Contra los franceses armas.

Condición tan humillante
Fué á cada cual presentada
Por sorpresa, á un tiempo mismo,
Con la ilusoria esperanza
De que todos la admitieran
En tan tristes circunstancias.
Ciento trece se negaron
A suscribir tal demanda,
Y en vista de su entereza
Se les dejó en tierra extraña,
Sin ningunos elementos,
Para aumentar sus desgracias.

En horas tan angustiosas,
Mientras con dolor y rabia
Ven que á la tierra nativa
Los juramentados marchan,
Los que quedan, se proponen
Sintiendo oprimida el alma,

Con su personal trabajo
Ganarse la vida honrada,
Y un grupo parte contento
A una tierra hospitalaria,
Que tiene su fé y su lengua,
A la generosa España,
De la cual, de pronto elijen
Las Provincias Vascongadas.

Entre las revueltas ondas
De un golfo de azul y plata,
Como reina del Océano,
«San Sebastián» se adelanta,
Semejando ante el viajero
Inmensa gaviota blanca,
Que en los movibles cristales
Su limpio plumaje baña.

No hay playa tan pintoresca
Como aquella extensa playa,
Do el *tamboril* y el *zortzico*
Pueblan de notas las auras.
Tierra de los róbredales,
Región heroica y sagrada,
Que riegan de *sagardúa*
Las simbólicas manzanas.

Región de hechiceros valles
Que los trigales esmaltan,
Y donde pintados pájaros
A la libertad ensalzan.

Quiero que mi canto llene
Tus horizontes sin mancha,
Que flote entre las neblinas
Que coronan tus montañas;
Que se mezcle á los rumores
De tus vistosas cascadas,
Y que perturbe el silencio
De tus campos, donde vaga
El melódico cencerro
De tus ubérrimas vacas.

Porque te lleva mi canto
La gratitud de las almas,

Por haber sido tan noble
Acogiendo hospitalaria
A los soldados proscritos
De mi idolatrada patria,
Dándoles hogar, trabajo,
Amparo y amistad santa.

¡Oh San Sebastián! ¡oh perla
De la región Vascongada!
Por tus calles y jardines,
Por tus parques y tus plazas
Llevan mis versos un eco
De gratitud mexicana,
Y acójelo, como todo
Lo noble que va á tus playas.

Por la vistosa ladera
Del monte que *Urgull* se llama,
Los oficiales proscritos
Van subiendo una mañana,
Y al castillo de la *Mota*
Silenciosos se adelantan.
Buscan al jefe que tiene
Las obras encomendadas,
Y que si mal no recuerdo
Era el Coronel Esparza.

Al mirarlo, *Montesinos*
Le dirige estas palabras:
— «Todos somos oficiales
«De las tropas mexicanas
«Que combatieron sin tregua
«La injusta invasión de Francia
«Y que ya rendida Puebla,
«Después de romper las armas,
«Nos trajeron deportados
«Y por larga temporada
«Nos han sometido á todas
«Las pruebas de la desgracia.
«Por condición nos pusieron
«Para volver á la patria,
«Reconocer al imperio
«Y nunca tomar las armas.
«Al rechazar tal propuesta,
«Quedamos en tierra extraña,

« Sin la limosna humillante
 « Que como sueldo nos daban,
 « Y hemos venido resueltos,
 « A la generosa España,
 « A buscar con el trabajo
 « Una subsistencia honrada.
 « Recibidnos de albañiles,
 « Pues las fuerzas no nos faltan,
 « Y podemos cargar piedras
 « Los que cargamos espadas.
 « Solo trabajo y salario
 « Los que aquí véis, os demandan,
 « Y por ello os anticipan
 « Señor Coronel, las gracias ».

Con lágrimas en los ojos
 Repuso al instante Esparza:
 « Contad todos con trabajo,
 « Que la obra es grande y ya larga;
 « Una condición impongo,
 « Que no ha de ser rechazada:
 « Que los nuevos albañiles,
 « Que vienen á honrar su patria,
 « Dando á la vez un ejemplo
 « Al mundo entero y á España,
 « Han de comer en mi mesa
 « Y han de dormir en mi casa ».

Y desde aquellos instantes
 Con la pica y con la pala
 Se ganaron el sustento,
 Y aliviaron su desgracia,
 Los que más tarde tornaron
 Para defender su causa,
 Y para salvar con Juárez
 La bandera de la patria.

Y cuentan que las más bellas
 Y alegres Guipuscoanas,
 Mientras vieron trabajando
 A aquellas gentes honradas,
 Cuando entraban y salían,
 Por la tarde y la mañana,
 Con sonoros tamboriles
 Al pasar los saludaban,

Echando á su paso flores
 Por ellas mismas cortadas.

El castillo de la Mota
 Aún conserva en su muralla,
 En las trabas esculpido
 Con menudas piedras blancas,
 Nombres y fechas que forman
 En la historia de mi patria
 La prueba más elocuente
 De honradez y de constancia
 De sus soldados proscritos
 En épocas muy aciagas.

Marzo de 1893.

EL GENERAL JOSÉ M.^a PATONI

(13 de Marzo de 1863)

Tras las reñidas acciones
 Que se libraron en Puebla
 Por los hijos de Toluca,
 Monterrey y Zacatecas,
 De Veracruz y Oaxaca,
 Michoacán y la Frontera
 Y de todos los Estados
 Que de la patria en defensa
 Se afanan por distinguirse
 En libertar su bandera;
 Acalláronse los fuegos
 Por una especie de tregua,
 Hasta que el *trece de Marzo*
 El cañón francés resuena
 Amagando con sus tiros
 Nuestras rudas fortalezas.

A los primeros disparos,
 Junto á González Ortega
 Llega el General Patoni,